

JAN HERCA

El predicador

(Misión en el Languedoc)

© Jan Herca, 2013

Todos los derechos reservados

www.sb-ebooks.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

Año 1204

El sol poniéndose tras las montañas de los Dinárides anunciaba otra tétrica noche. Milo apretó el paso detrás de Rémy. Le asustaba la idea de quedarse allí solo, perdido en la espesura de aquellos frondosos pinares de la península de los Balcanes. La presencia de su maestro le hacía ganar confianza y seguridad.

No habían dejado de caminar sin descanso todo el día. Rémy estaba extrañamente sombrío y hablaba poco. A la pregunta de Milo sobre cuál sería su próximo destino, el anciano sólo había dicho: “Al Languedoc”, y le había dado escasas referencias ante la ignorancia de Milo. “¿Languedoc? ¿Dónde diantres estaba aquello?”. La indicación a Occitania, más allá de la Provenza, en el sur de Francia, tampoco eran suficientes para un joven adolescente que había pasado toda su vida en una sencilla granja serbia. Pero sí estaba clara una cosa: sería un largo viaje.

Milo observaba a su señor con curiosidad. Rémy era un ser extraño. Su rostro anciano, sus largos cabellos canosos, sus envejecidas cejas y sus callosas manos podían hacerle parecer un viejo achacoso. Pero, cosa inusual, carecía de vello y de barba, y aquello parecía darle un aspecto más joven. Su andar era resuelto y sus piernas, firmes y atléticas, atacaban los caminos y las

rocosas pendientes con gran determinación. Llevaba el pelo plateado recogido en ocasiones en una abultada coleta, y vestía un sencillo sayal de riguroso negro, roído por el paso de los años. Su calzado, unas gastadas botas de piel, parecían cómodas y ligeras. Para protegerse de la lluvia, el sayal contaba con una generosa capucha, que al cubrirle, le escondía las facciones por completo. Por todo equipaje, Rémy contaba con una bolsa de piel que cruzaba por su pecho en bandolera, y un bastón largo y resistente, hecho con una curiosa madera de color claro, del que no se separaba ni un minuto, y que en realidad era una flauta con la que Rémy se relajaba componiendo dulces melodías.

Milo tenía sólo trece años, pero aparentaba cinco más. Era bien alto, moreno de ojos claros, y fuerte como un adulto. La dura vida de trabajo en la granja de sus padres le había curtido y había borrado de él todo rastro de inocencia infantil. No hubiera podido sobrevivir de otro modo, pues él y los suyos siempre habían vivido rodeados de la incomprensión y el recelo. Su familia siempre había estado a favor de varios grupos de renovadores cristianos que habían atravesado la península balcánica en los últimos siglos predicando una nueva fe: los paulicianos, los bogomilos, y los patarinos.

Creyeron, durante todo ese tiempo, que estaban a salvo en Serbia, a pesar de las muestras de odio. Pero finalmente ocurrió la

desgracia. Tropas de Vukan Nemanjić, el gran župán de Serbia, fueron enviadas para congraciarse con el Papa y exterminar la herejía de aquellas tierras. Cuando el destacamento invadió la granja, Milo tuvo el tiempo justo de esconderse en la letrina, el agujero donde acumulaban las heces. Después pudo ver a su padre, advirtiéndole que guardara silencio y no saliera de allí pasara lo que pasase. Luego asistió aterrado a la escena de su muerte. Con un tajo seco, y sin mediar palabra, uno de los esbirros de Vukan segó la cabeza del padre de Milo. Su madre y sus tres hermanas salieron gritando y sollozando, pero sus lamentos duraron poco. Varias lanzas y espadas se ensartaron en las pobrecillas, que prorrumpieron en un salvaje aullido de dolor. Milo tuvo que taparse la boca para contener su llanto y cerrar los ojos para tratar de borrar de su mente el rictus de desesperación del rostro de las mujeres.

Los soldados se divirtieron un rato encendiendo una hoguera y quemando los cuerpos. El fuego era necesario para limpiar la herejía. Solo así se hacía desaparecer el pecado. Sólo así moría definitivamente el alma diabólica del hereje y ya no había peligro de ser seducido por ella. La cabeza del padre de Milo fue pinchada sobre una estaca en el montón de cuerpos carbonizados. Y Milo todavía tuvo que soportar a uno de aquellos bestias haciendo sus necesidades encima de él. Por suerte, el

soldado no se dignó a mirar en el retrete. ¡Con qué ganas hubiera clavado Milo un palo por cierto sitio a ese malnacido! Pero sabía que eso sólo le hubiera acarreado una muerte segura...

Rémy, amigo de la familia, pasó por casualidad, o más bien a propósito, varios días después, y se encontró el dantesco espectáculo. Descubrió a Milo en el fondo de la letrina. Llevaba varios días exangüe, sin comer ni beber, hundido en la suciedad y el lodo de la fosa séptica. El último soldado de Vukan que la había usado, cerró la tapadera después, y la selló, dejando a Milo allí, sin saberlo, condenado. Cuando Rémy le intentó rescatar, el muchacho se defendió, presa del miedo, y cayó desmayado.

Desde entonces, Rémy se portó con él como si fuera un padre. Le limpió, le dio de comer, y le mantuvo varias noches en cama, mientras él se encargaba de dar honrosa sepultura a su familia y de entonar un silencioso canto en su recuerdo, en una lengua extraña que Milo no reconoció. El muchacho estaba alterado y no hacía más que mortificarse con el recuerdo de sus hermanas repitiéndose “que no había hecho nada por salvarlas y se había comportado como un cobarde”. Pero Rémy trató de consolarle diciéndole que él no habría podido hacer nada. Y todas las mañanas, el anciano le despertaba entonando una melodiosa canción con su flauta, hecha a base de melancólicas notas en recuerdo por los amigos perdidos, con la que el chiquillo sintió

aquietarse un poco.

Pasaron varias semanas, y Rémy no parecía tener prisa por irse. Al contrario, se tomó la obligación de cuidar de Milo como de un hijo, y juntos continuaron dando vida a la granja. Pero un día, Rémy le contó a Milo sus verdaderas intenciones. Le habló con franqueza, aunque de forma un tanto críptica y oscura. Le dijo que él, en realidad, era alguien con una misión especial en el mundo, y que estaba planeando dejar aquel país y marchar a otras tierras, lugares donde ya había estado anteriormente. Entonces le propuso a Milo que fuera con él.

—Tú serás mi aprendiz. Yo te enseñaré algunas cosas que ningún hombre ha soñado con saber, y a cambio, tú aprenderás de mí y te mantendrás a mi lado como mi fiel discípulo —le dijo Rémy—. ¿Estarías dispuesto a seguirme?

Milo no sabía qué otra opción le quedaba. No tenía otros parientes cercanos, y él solo no podía hacerse cargo de la granja. Así pues, accedió.

—¡Vamos! No te retrases...

La voz de Rémy sacó a Milo de sus recuerdos. El sol languidecía por el horizonte, y los vetustos árboles se oscurecían con rapidez. Las copas se agitaban, opacas y silbantes, transportando los siniestros ruidos de la noche. El muchacho

aceleró el paso, y se situó a espaldas de su maestro, tembloroso. Para hacer más llevadero el fantasmal silencio, canturreó un poco una cancioncilla. Pero sólo un minuto después, la mano firme de Rémy se tendió sobre su boca, pidiéndole que callara.

—¿Qué ocurre?

—Sssh...

Rémy estaba serio. Su mano se había tensado aún más. Miraba hacia el suelo y movía la cabeza ligeramente hacia los lados, escuchando. El chiquillo contempló el bosque, y luego aguzó el oído. Pero no se oía nada. ¿A qué aquel suspense? Pronto lo comprendió, porque empezó a advertir algo. Alguien circulaba por el sendero que transitaban, como cien o doscientos pasos más allá. Sonaban ruidos de cascos.

Casi no había tiempo. ¡Estaban prácticamente encima! Rémy tiró de Milo hacia la espesura y se pusieron detrás de un tronco grueso, agazapados en contra de la dirección de las voces.

¡Eran soldados! Tropas regulares del Sacro Imperio alemán. Hombres curtidos en las largas batallas de las últimas cruzadas en Tierra Santa. Hombres de la peor catadura, muchos de ellos descontentos por el escaso botín y las derrotas. Venían de saquear deshonrosamente Constantinopla sin apenas haber logrado capturar nada. Era mejor no toparse con ellos.

Cabalgaban en silencio, a paso lento y pesado. No eran

muchos. Seguramente un señor de poca monta y sus caballeros que regresaban a sus posesiones. Por lo que pudieron ver, su escudo de armas eran tres leones rampantes sobre un fondo amarillo, pero eso no les dijo nada. Rémy puso un dedo sobre sus labios, con una mirada de desconfianza. Milo se agachó aún más.

Pasaron los caballos con pesado ruido bajo la tintineante cantinela de los escudos y las alabardas, que entrechocaban entre sí. Rémy contó quince, cinco de ellos, los escuderos, con una mula atada a su caballo, todas hundidas bajo el peso de diversos bártulos. A Milo le consumía la curiosidad. Rémy le fue obligando a moverse, con cuidado, rodeando el tronco a medida que la tropa se desplazaba a su altura. Iban ya a pasar de largo, pero Milo se asomó ligeramente. Quería verles. Y entonces ocurrió. Una rama seca chascó sonoramente bajo sus pies. Y uno de los últimos caballeros se giró, lo suficiente para ver al fugaz muchacho, ocultándose de nuevo tras la espalda de Rémy.

—¡Eh, quién va?

Rémy se giró en redondo, con profundo gesto de fastidio. Y fulminó con la mirada a Milo, que se dispuso a correr presa del pánico. Pero el anciano le contuvo, aferrándole con fuerza por el brazo. Por unos instantes, el viejo dudó qué hacer.

—¡Salid a la luz!

Los caballeros se habían detenido y varias espadas

chirriaron al ser desenvainadas. La voz del caballero sonaba a latín mal chapurreado, pero comprensible.

Rémy tironeó de Milo y se mostraron a la patrulla.

—¡Vaya, vaya! Mirad qué tenemos aquí... —sonrió sarcásticamente uno de ellos.

El tono no había sonado muy bien.

—¡Responded! ¿Qué hacíais ahí escondidos?

Rémy susurró por lo bajo al muchacho que no dijera nada y estuviera quieto.

—Disculpen nuestro sigilo, señores. Se habla de extraños jinetes que atacan sin clemencia a los viajeros y les roban. Pero ya vemos que sois nobles, por suerte, y que seguro que sois hombres de honorables intenciones...

—¡Callad ya, viejo!

La voz chillona del caballero más abrigado sonó ruda y cortante. Era un hombre robusto, de tez pálida y cabellera rubia, con una cuidada barba que escondía unos abultados carrillos. Su casco acabado en un ligero penacho de plumas le conferían cierta distinción, ahí subido en su montura, desde donde miraba con ojos altivos. Murmuró algo a uno que tenía cerca sobre el aspecto de los dos caminantes, y pudo oírsele: “Estos son dos predicadores herejes, no hay más que ver su ropa”.

Milo se miró. ¿Qué tenía de particular su ropa? Entonces

cayó en la cuenta de que ambos vestían de riguroso negro. Rémy llevaba su hábito oscuro, y él estaba de luto. ¿Tenía eso algo que ver?

—¡Dadnos vuestras bolsas e iros!

Milo se quitó el fardo instintivamente, pero Rémy le retuvo con el brazo. “No te muevas”, volvió a insistir el anciano. Y el muchacho se quedó perplejo mientras le veía apostarse firme frente a la soldadesca, apretando fuerte su bastón-flauta. Aquella actitud del anciano enfureció aún más al cruzado.

—¡Malditos goliardos bujarrones! ¡Ahora vais a saber lo que es bueno!

El caballero descendió de su montura, dejando las riendas del caballo a cargo del escudero. Varios caballeros más le imitaron, y se acercaron a Rémy y al chico.

El jefe extendió su espada hasta acercar la punta a sólo un brazo de distancia de la cara de Rémy. Pero éste ni se inmutó.

—Nadie desobedece las órdenes de un Staufer.

El hombretón miraba desconfiado a Rémy. Sus muchos combates en las cruzadas le habían hecho ganar una apreciable cautela. Milo estaba atenazado por el pánico. Si no huían, podían darse por muertos. Pero, entonces, ¿por qué aquella calma del vejestorio?

La espada se acercó un poco más. Aquel noble grandullón

con acento alemán era un perro viejo. Le bastaría un paso más y les sorprendería con un tajo rápido. Continuó hablando para seguir distraendo la atención de sus víctimas.

—¿Qué llevas en esa bolsa que tanto merece que arriesgues tu vida, anciano?

Pero casi no terminó la pregunta. Fue todo muy rápido. El alemán lanzó su cuerpo hacia adelante para clavar su espada en el cuello de Rémy. Entonces sonó un zumbido y las manos del predicador hicieron girar su apoyo. El bastón bailó en el aire y golpeó en la espada desviando a filo y caballero. El palo, lejos de cortarse al contacto con el metal, hizo un inesperado ruido pétreo y volvió a girar de nuevo mientras Rémy daba la vuelta sobre sí y dejaba paso al fornido atacante. Luego, pillado por sorpresa por la espalda, el bastón calló como una losa sobre el casco del cruzado. El golpe sonó como un fogonazo, como el trueno de una tormenta, y un rayo eléctrico recorrió el cuerpo del hombre.

Hubo unos segundos de silencio. El estallido de luz, el crepitar de las chispas y el estruendo del golpe dejaron a todos estupefactos. El fortachón se había quedado tieso, inmóvil, y tras unos pasos vacilantes, se derrumbó como una torre, estampándose en el suelo.

Los caballeros miraron incrédulos el cuerpo tendido de su señor, pero reaccionando con rabia, levantaron sus espadas en

alto, dispuestos a atacar. Jamás en sus muchos años de lucha se les había ocurrido imaginar que un hombre mayor de apariencia enclenque les iba a dar una formidable paliza. Al primero, Rémy le propinó un golpe con la base del bastón, y cuando su nariz parecía que iba a ser machacada por ese extremo de la vara, el palo soltó una descarga como un rayo. Acto seguido, Rémy hizo girar sobre su cabeza la flauta, y con agilidad sorprendente, se movió entre dos soldados, que recibieron sendos golpes en el yelmo, uno por delante y otro por detrás. Dos nuevas descargas. Aquel madero era prodigioso. Con cada golpe, los atónitos cruzados se retorcían espasmódicos durante unos segundos, y caían desplomados.

Rémy giraba sobre sus pies y hacía volar el arma a derecha e izquierda, moviéndose a gran velocidad. Antes de llegar a propinar el batacazo, el palo se paraba en seco, y una sacudida eléctrica dejaba fuera de combate a su adversario. Otro caballero, un escudero al que no le dio tiempo a desmontar, tres hombres más, todos cayeron fulminados sin posibilidad de responder.

Todavía giraba el bastón como una hélice sobre la cabeza de Rémy cuando cayó el último de la tropa. Como si fuera lo más normal del mundo, el predicador silenció el giro de la flauta y la depositó con delicadeza en el suelo, respirando hondamente.

Milo se quedó admirado y patidifuso mientras contemplaba

a todos los hombres abatidos. Ninguno tenía sangre ni signos de violencia, pero yacían inconscientes. Preso de la rabia, intentó patear a uno de ellos, pero Rémy se lo prohibió.

—Vamos, déjales. Debemos irnos.

—Pero, ¿están muertos?

—No. Despertarán dentro de un rato. Vamos.

Milo siguió a duras penas tras las zancadas de su maestro.

—Pero, mi señor, ¿cómo habéis hecho eso? ¿Cómo...?

Rémy siguió andando en silencio. Milo se puso a su altura y le miró con ojos de respeto y temor, a la vez que observaba aturdido el bastón en el que se apoyaba el anciano.

—Tranquilo, Milo, ya llegarán las respuestas. A su tiempo.

El aullido de un lobo desgarró la profundidad de la noche serbia. La claridad menguaba, pero ningún miedo parecía detener ahora el paso de aquel extraño hombre vestido de negro y de su joven aprendiz. Y el muchacho, por primera vez en mucho tiempo, se sintió seguro.